

# EL MOTÍN



Año XXXV.—Madrid, Jueves 18 Febrero 1915.—Número 7.

SUCURSAL:

RIVADAVIA, 898  
BUENOS AIRES

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## El contraste es la vida

Son las siete de la tarde del martes, y mis vecinos de enfrente están celebrando una gran fiesta.

¡Eche usted coches y automóviles parados á la puerta de su gran edificio y en las calles adyacentes! Encargo que los cuenten, y hay 67 de los primeros y 43 de los segundos. Y continúan llegando.

La tarde está fría, muy fría, y algunos cocheros y *chaufers* se hallan desde las tres en medio de la calle. ¡Lo que estarán pensando del Dios que vino á redimir á todos los hombres de la esclavitud... del pecado, mas no de la de los amos pecadores!

(Dispénsenme las elegantes damas y los irreprochables en el traje caballeros (pase la transposición) que se hallan dentro del edificio. He supuesto que pecan, al ver la solicitud con que acuden donde perdonan. Como supongo que padecen hambre los mendigos que veo alguna vez á la puerta de los cuarteles esperando las sobras del rancho.

Pues como iba diciendo, los coches y automóviles continúan llegando, mientras yo escribo, mirando de vez en cuando á la calle tras los cristales de mi simpático piso de catorce duros mensuales:

«¡Pobres gentes! Los unos y los otros; los que están y los que llegan. Se creen triunfadores y omnipotentes, cuando en realidad son vencidos y siervos.

Vencidos, porque aun cuando apa-

rentemente domine la idea que ahí los congrega, está muerta en los espíritus; y siervos, por que acuden humildemente á besar la mano que les señala ruta y los impulsa ó los detiene á su capricho, al par que los saquea.

Y además de vencidos y siervos, son esclavos; esclavos de un doble temor: temen perder la vida aquí abajo, y no disfrutar de otra allá arriba.

Que á un chiquillo travieso se le ocurriese en este instante poner unos cuantos garbanzos de pega en los rails del tranvía, y toda esa turba de aristócratas, capitalistas y jesuitas sentiría al oír el estallido angustias de muerte en su corazón. ¡Ellos, los que se creen triunfadores, los que se juzgan omnipotentes!...

¡Con qué envidia sorda ó con qué rabia reconcentrada mira esa pareja de harapientos el espléndidamente iluminado edificio, y á los coches y á los automóviles! Y ¿quién sabe si no será ella la destinada á vengar el insulto que ese lujo y esa magnificencia inflieren á la memoria de los muchos muertos recogidos este invierno en la vía pública, víctimas del hambre y del frío, y á los que están en este momento agonizando por igual causa en esas desmanteladas guardillas!

Sí, ¿quién nos dice que al entrar la pareja en su tugurio con los nervios desequilibrados por el espectáculo que acaban de presenciar, no se arrojen furiosos el uno sobre el otro, y en un colchón inmundo engendren al sér que, colocado mañana ante el edificio provocador con una tea en la mano, seguido de otros muchos de su abolengo famélico, no deje vengadas generaciones enteras?

¿Quién nos dice que las injusticias, las desigualdades?... . . . . .

¡Pero qué veol... ¡Una mujer ha caído en medio del bulevar!... Probablemente irá borracha...

Un joven acude á levantarla y la interroga... Ella, señalando con un dedo á la boca, le indica que no ha comido... La profusión de luces del edificio y los automóviles le han producido sin duda el desvanecimiento...

El joven la coge del brazo y se la lleva hacia la calle de la Princesa.

¡Pobre mujer!

¡Y seguramente está redimida con la misma sangre preciosísima que

los que disfrutan ahora en el edificio próximo una temperatura de veinticinco ó treinta grados sobre cero. .

¡Mis ideas se confunden!... ¡En vano procuro coordinarlas!...

Y como esto me impide escribir el artículo que tenía pensado sobre la bondad y la justicia de Dios, lo dejaré para otro día.

JOSÉ NAKENS

## Página profética

Lo es esta que escribió Michelet hace más de medio siglo:

«Sólo Dios sabe lo que el porvenir nos tiene reservado; pero si todavía ha de herirnos, que sea con la espada, ya que las heridas producidas por el acero son limpias y francas, y si bien sangran, se cicatrizan. Mas ¿qué remedio emplear contra las llagas vergonzosas, contra esas llagas ocultas que se arraigan y se dilatan más cada día?

Lo más temible de esas llagas es el espíritu de policía puesto en las cosas de Dios; el espíritu de piadosa intriga, de santa delación; en una palabra, el espíritu de los jesuitas.

Denos Dios diez veces la tiranía política, la tiranía militar y cuantas tiranías existan antes que la humanidad se vea mancillada por tal policía... La tiranía tiene una cosa loable, y es que con frecuencia despierta el sentimiento nacional, y se la quebranta, ó se quebranta; pero extinguido el sentimiento, ¿cómo echar la gangrena una vez que haya penetrado en nuestra carne y en nuestros huesos?

La tiranía se contenta con lo aparente, no compele más que los actos; pero la policía jesuítica alcanza hasta al pensamiento. Hasta el alma, poco á poco transformada por las costumbres del pensamiento, alterada en su esencia, con el tiempo cambiaría de naturaleza.

¿Conservarse alma la que miente y adula, tiembla y es ruin y á sí propia se desprecia?

Mudanza es esta peor que la misma muerte, pues esta no mata más que el cuerpo, en tanto que muerta el alma ¿qué queda?

Matándonos, la muerte nos deja vivir en nuestros hijos; pero muerta el alma, perdemos hijos y porvenir.

¿Qué espectáculo más repugnante ofrecerían, transportados del conven-



to y del colegio á la sociedad, el espíritu de policía y de delación, las viles costumbres del escolar amigo del sople! Desgraciada la nación en que tal sucediese. Sus habitantes vivirían entonces como viven los jesuitas, es decir, ocupados, desde el más encumbrado al más desvalido, en denunciarse mutuamente; sólo la traición tendría asiento en el hogar; la mujer vendería al marido y el hijo á su madre, y no se oiría más ruido que un triste murmurio: el zumbido que producirían las gentes al delatar los pecados ajenos, al minarse unos á otros la existencia y al roerse poco á poco.»

Si levantase la cabeza el ilustre escritor francés, vería que adivinó en esa página á la España de hoy, dominada, explotada y degradada por el jesuitismo, en la que ocurre exactamente todo lo que él predijo

### LABOR REPUBLICANA

## Por y para la unión

A este fin vamos á dedicar nuestro artículo de fondo. A este objeto nos parece poco cuantos artículos podamos escribir.

El manoseado asunto de UNION REPUBLICANA vuelve á ser el tema de los periódicos que comulgan con ese ideal, y, francamente, hay que decirlo de una vez: va llegando el momento de que los republicanos españoles procedamos con la honradez política que es dado exigir á quienes, como nosotros, reclaman el concurso del pueblo para implantar reformas en las costumbres políticas, económicas y administrativas, por considerarlas más nobles, más altruistas, más equitativas, y hasta nos arriesgamos á decir que más honradas.

Hablemos, pues, claro, y veamos á dónde podemos llegar para no seguir engañando al público, para no continuar engañándonos á nosotros mismos y para acabar de una vez con esas luchas y esas divisiones que, tras de no crear ni hacer nada útil y positivo para la Patria, sólo sirven para sostener en la cumbre á media docena de afortunados, á costa de un sin fin de amarguras, desalientos y contrariedades en la masa popular, tan entusiasta y ardorosa en algún tiempo, como tan escéptica y desalentada en la actualidad.

Que el partido republicano, como todos los demás partidos, atraviesan una gran crisis, no debemos ocultarlo. ¿Para qué? Bien á la vista está que si inciertos, desacertados y desacreditados estamos los unos, no están menos los otros.

Pero nosotros, los republicanos,

no hemos venido como tal partido á seguir viviendo del descrédito y deshonor político, cuando no personal, como los partidos que viven, comen y medran al calor de la dinastía monárquica española. No. Los republicanos hemos venido á purificar el ambiente malsano en que se desenvolvía la política de la nación en que vivimos; á implantar mejoras y costumbres de que está carente el obrero, el explotado, el agricultor y el paria de la actualidad, ó sea la clase media, mil veces digna de atención porque todos la explotan y nadie la defiende.

Los republicanos, en fin, hemos venido á dar ejemplo sano, honrado, altruista, no á ser unos vividores á la sombra de nuestra política, ni unos explotadores de la personalidad que aquella nos dió, ni unos engañadores de las masas ignorantes, sanas y confiadas en las palabras de los hombres que como honorables les hablan prometiéndoles gobernar con ellos y para ellos.

Los republicanos hemos nacido á la vida de la nación para algo más que para ser concejales, diputados y senadores. Hemos venido para cumplir una promesa cien veces hecha al pueblo, y setenta y cinco veces defraudada.

Los hombres que profesamos estas ideas hemos venido á hacer una vida de sacrificios altruistas en bien de la Patria y de la humanidad, y estos sacrificios, realizados por algunos como Pi Margall, Zorrilla, y algunos otros (pocos por desgracia) no han tenido imitadores más que hasta el momento de haber conseguido un acta de diputado (ó de concejal) ó de haber logrado un destino lucrativo, en cuyo caso, adiós partido, ideal, altruismo y cooperación entusiasta y desinteresada.

Cierto es que la mayoría de los hombres de ayer, como los de hoy, viven y respiran la atmósfera malsana y egoísta en que se desenvuelve la vida de la sociedad actual. Pero ¿y el ejemplo que dan esos hombres á las masas que les encumbraron, no les dice nada? ¿No ven el desaliento que invade á los hombres, y el frío que penetra en su corazón para seguir luchando por el ideal que sienten y que aman? ¿No se hacen cargo que su egoísmo les ciega y les perjudica hasta el extremo de facilitarles su propia destrucción?

Ha llegado la hora de que el partido republicano se rehabilite ante la opinión y ante su propia conciencia.

No son ciertamente las masas las que tienen que dar el ejemplo, aunque tampoco debe llevarse la adulación al extremo de decir que están exentas de alguna culpa. Son los hombres cumbres, los elevados por

las fuerzas acumuladas políticamente por esas masas los que deben deponer sus egoísmos personales, *personalísimos*, para buscar la concordia y llegar á la unión apetecida.

Sin la unión, ni ellos son nadie ni el partido es una fuerza; y como á lo que debemos aspirar es á ser aquello para lo que políticamente hemos venido á la vida, empiecen dando el ejemplo los hombres que ocupan las primeras filas, y venga la UNION de toda la familia republicana.

De que urge hacerlo á nadie le cabe duda, y menos aún de que la unión es de provecho para todos.

¿A qué se espera? ¿No hay quien tome la iniciativa?

Prometemos en números sucesivos continuar ocupándonos de este asunto de tanto interés para nuestro partido.—V.

Enteramente conforme con las apreciaciones de ese artículo de *El Pueblo*, semanario republicano del Ferrol.

### CONMEMORACION REPUBLICANA

## El 11 de Febrero

«Hoy conmemoran los republicanos españoles el 42 aniversario de la proclamación de la República. Probablemente habrá banquetes, discursos y hasta vinos de honor; pero es dudoso que ninguno de los conmemorantes note en sí verdadera satisfacción espiritual. Ya sólo festejan un recuerdo, todavía más remoto de lo que lo está en el tiempo. Más que para anotar con júbilo la fecha de un natalicio, reúnen para rememorar amargamente una defunción. Y si los congregados se cuentan, verán cómo son menos que el año pasado, cada vez menos.

Este hecho no se anota aquí con fines de acometividad política. Nosotros anhelamos que todos los partidos españoles sean grandes, fuertes y disciplinados, porque así serán de veras útiles á la Patria, y porque, teniendo responsabilidad plena de sus actos, no pueden producirse de cualquier modo. Los republicanos por su número, por su fe, por su constancia, podían constituir en España una gran fuerza política, útil y remozadora, dentro de la normalidad en que vivimos. El egoísmo de sus jefes, el cabecillismo que alienta en la mayor parte de los segundos, el ansia arribista de hasta los que pululan en los Comités de distrito; en suma, todo lo ajeno á la masa, tiende á disgregarlos, á atomizarlos, á hacer de ellos un reino de taifas, del cual van huyendo muchos de los convencidos. Es una fuerza enorme que se deshace lentamente.



Ayer subsistía aún pujante la Conjuración republicano-socialista. Ya es tan sólo cosa de mera apariencias, como aquella de la Unión Republicana, nacida al conjuro de la palabra de Nakens, y alentada por la virilidad y grandeza moral de Salmerón. La Conjuración ha pasado á la historia, prácticamente. Vive para fines electorales, lo mismo que otras ciertas coaliciones republicanas; pero, apagado el fragor de la lucha en los comicios, sólo queda subsistente el nombre hasta que otras nuevas elecciones vengan á avivar el rescoldo. Todavía no está secada la tinta con que se escribió la amarga nota en que dos ó tres diputados conjuncionistas deploraban amargamente que no fuera posible reunir en el Congreso bastante número de correccionarios suyos, para tomar acuerdos.

Los radicales también se desmigajan. En Barcelona no ha podido ser diputado Lerroux, y en Valencia, donde tuvo tanto predicamento con las fuerzas que organizó, disciplinó é inflamó Blasco Ibáñez, ya no se le admite por inspirador y director. Es la muerte por cansancio, por hastío, por desengaño. Dentro de poco, si no se produce una reviviscencia milagrosa, el partido radical será casi un recuerdo. Como la Conjuración. Como la Unión Republicana. Como el partido federal. Como los progresistas. Los republicanos, desunidos van sucumbiendo al arrullo de las críticas negativas con que se enmascara su impotencia y esterilidad. Podían ser, al menos, una gran fuerza propulsora, un acicate, un estímulo, y, salvo la obra aislada de alguna que otra persona de buena voluntad y clarividencia, se contentan con ser obstáculo y barrera.

Antes, en los días de las figuras de personalidad vigorosa, la labor parlamentaria de los republicanos albergaba afirmaciones positivas, desbrozaba caminos, impulsaba hacia soluciones progresivas en todos los órdenes de la actividad política. De aquello surgía la tonicidad de todos los núcleos en pugna, el avance seguro y constante, la mejora de nuestras costumbres. Hoy, ya se ve lo que ocurre... No creemos que los republicanos, al conmemorar la efemerides de hoy, pueden sentirse satisfechos.

Conforme también con ese juicio de *El Mundo*, diario monárquico de Madrid.

Y ahora, que me llamen descontentadizo, disidente é intransigente, estando de acuerdo con todos los que rinden culto á la verdad.

En el número próximo contestaré á un amigo que me ha escrito una

carta interesante, y responderé al artículo que reproduce hace tres semanas de *El Pueblo del Ferrol*.

Hoy no lo hago, porque estamos en plena fiebre carnavalesca, y he entrado en ganas de disfrazarme.

Y para que nadie me conozca, voy á embutirme en un disfraz que despierte á los más listos.

Estoy dudando en este momento entre si vestirme de diputado republicano, ó de fraile; es decir, de *holgazán*.

Creo que acabaré por elegir el de fraile; no quiero molestar á los tres ó cuatro diputados republicanos que asisten diariamente á las sesiones del Congreso.

Con que hasta la semana próxima, queridos lectores, en que procuraré hacer un número á mi gusto, para que resulte al de ustedes.

## El segundo fusilamiento de Ferrer

### Del Auto de Fe á los toros

Como no sé á punto fijo por qué fusilaron á Ferrer en Barcelona, tampoco sé á punto fijo por qué le erigieron una estatua en Bruselas, ni acabo de ver por qué la han desmontado los alemanes. Cada cual se ha forjado un Ferrer á su gusto. Ese Ferrer ideal, subjetivo, de unos y de otros, fué el fusilado, el glorificado y el nuevamente sometido á auto de fe.

Estando de cuerpo presente el ejecutado, publiqué en *El País* un artículo pidiendo á los tribunales y al Gobierno nos entregase á los amigos el cadáver para honrarlo según creíamos necesario. Por tratarse de una nación cristiana, invocaba el precedente de Jesucristo, crucificado en patíbulo por sentencia concordada de la Iglesia judía y del imperio romano. En el orden ético jurídico el caso era de una paridad evidente. Y decía á las autoridades de mi patria: los amigos de Jesús, después de muerto, pidieron á Pilatos el cadáver para sepultarlo y embalsamarlo con la dignidad que ellos creían merecer. Las autoridades, que habían ya ejecutado la ley de muerte, respetaron la creencia de los amigos de Jesús y entregáronles el cadáver.

Paes, artículo tan cristiano, que se fundaba en el capital dogma evangélico, y tan piadoso que venía á cumplir una de las obras de misericordia de enterrar los muertos, fué denunciado por el fiscal como falta á la moral del reino, y el juzgado falló en consonancia... Por donde yo, que creía obrar y discurrir como un hermano de la Congregación de la Buena Muerte, que también es ins-

titución oficial del reino, me vi cazado y acribillado *(por inmoral!)*...

¿Inmoral un artículo que se funda en la más pura creencia del cristianismo?

Sería quizás por suponer sacrilega la comparación incidental entre Cristo y Ferrer. Pero ¿acaso los magistrados de una nación católica pueden ignorar que la quinta esencia del dogma cristiano, se halla en este pasaje de San Pablo:

«Siendo Dios, despojóse de la divinidad sin reputar afrenta ni indignidad vestirse de hombre y equipararse á los más viles é infames y aun dejarse ver postergado ante facinerosos...» Quiten del cristianismo esta equiparación y queda desprovisto de toda sustancia teológica.

Es cierto que el fiscal, en la acusación, no hizo grandes discursos. Opinó que se trataba solamente de hacer indefinible la memoria de Ferrer, que ya ha sido vindicada en las Cámaras, y aun por los actos del Gobierno y el artículo no es pecaminoso. Pero lo fué.

Inútilmente expuse ante el juzgado mi creencia de que el artículo, en vez de inmoral, era altamente ejemplar y que la petición era justa, pues á no resucitar la justicia de la Inquisición que reclamaba el derecho de desenterrar los huesos, escarnecerlos en procesión macabra, quemarlos entre el jolgorio popular y aventar las cenizas; fuera de esto, yo no hallaba en el Código Penal pena alguna que se extendiera más allá de la muerte, y que una vez ejecutado el reo, el Estado cesaba en el dominio de su alma, entregada al juicio de Dios Padre, y de su cuerpo restituído á la Madre-Tierra.

Se nos negó, pues, el derecho de entierro y funeral. No protestó la Hermandad de la Buena Muerte, ni contra este acto que, por ser ejecutado por un partido gobernante y por la Defensa Social, lo llamaremos li-sonjeramente ejercicio sagrado del sagrado principio de autoridad.

Pasó el tiempo. Ferrer desde su fosa, derribó al gobierno conservador. Y ¡ay! cuán caro pagó el partido su fusilamiento. Seis años lleva de ostracismo del poder. ¡Cuántos sueldos de carteras, de gobernadores, de empleos, de destinos, de propinas, de gajes, de negocios, de ascensos, de granjerías perdidas!... ¡Quién echara la cuenta de lo caro que ha pagado el partido maurista aquel alarde de poder! Antes se decía: la carne de cura es muy indigesta; el que le hinca el diente, revienta sin remedio. Ahora puede decirse: la carne inocente es tósigo fulminante.

En aquel artículo decía además. «El gobierno clerical ha engendrado en el fusilamiento de Ferrer, un Ferrer inmortal. Ha creado un símbo-



lo. Ha proclamado un ídolo. Lo ha hecho cifra y emblema del odio. Ha regalado un «cristo», y un mártir al brepensamiento.

El artículo fué declarado inmoral por el juez; pero ha sido declarado aceptado por la historia.

Aquel á quien se negó una sepultura modesta pero honrosa en España, resucitó en mármol en Bruselas.

Los alemanes han derribado la estatua. Los clericales españoles se lo estaban pidiendo hace tiempo. Sólo por ver demolida la estatua de Ferrer, habrían sacrificado gustosos la nación belga.

Quizás la orden de derribo se haya firmado con la misma pluma que decretara el bombardeo de las catedrales, el fusilamiento de los párrocos, y la prohibición de la pastoral del cardenal Mercier.

Como acto de ética social, no entiendo esta orden. No acierto á definir cuál espíritu la haya aconsejado; porque es lo cierto que en aquella estatua se concentraban las simpatías del propio liberalismo alemán, que resulta lastimado y derribado por este mortero político.

Lo que positivamente se me alcanza es que este segundo fusilamiento, surtirá los mismos efectos que el primero. Ha sido una segunda proclamación del símbolo y una segunda consagración del ídolo.

Ferrer era español. Quizás en el derribo de la estatua pese tanto lo de *Español* como lo de *Ferrer*. ¡Tiene tantos secretos el espíritu germanol!

Algunos españoles, clericales de oficio, y tauromacos de afición, celebran esa decapitación. Son aquellos que á sus herejes fabricaban estatuas para quemarlos entre algazaras. Si el gobierno germano-belga quisiera colmar los anhelos de nuestros compatriotas, enviaría la estatua de Ferrer al arzobispo de Toledo, y este invitaría á los «familiares del Santo Oficio» del brazo secular, á reproducir en la plaza de Zocodover y en el Quemadero, el ansiado y añorado magnífico espectáculo del *auto de fe*. De allí, á los Toros. Este carnaval sería preámbulo de la Cuaresma de 1915, que está destinada á simbolizar la barbarie rediviva.

S. P. O.

## Cine clerical

### EL FARISEO

I

— ¡Isidora! ¡Isidora!  
— ¿Qué quieres, hombre? ¿Por qué gritas?  
— Porque tú no estás en nada, y estoy viendo que mañana vas á po-

nerme la comida de carne otra vez. Te advierto que es vigilia y de las solemnes.

— ¡Jesús! No reventarías por eso, hombre.

— Buen castigo me ha dado Dios permitiendo que me casara con una mujer irreligiosa como tú. Ya, ya me lo decía mi santa madre, que está en el cielo.

— Yo lo que soy es una mujer muy decente, muy honrada y cristiana á carta cabal, á la cual repugnan las hipocresías y las mojigaterías: eso. Y que tiene mil veces más religión que tú; que te conste. Si no, acuérdate lo que te dije cuando te quedaste aquellas acciones de Orense, de doña Julia: «Demetrio, eso es un robo: devuélvelas.» Y tú me dijiste: «Pecado oculto, pecado perdonado.» Ya, ya te arreglaría yo á ti...

— Bueno, bueno, calla, y cuidado mañana con la carne; luego se escandalizan las criadas y nos van desacreditando por ahí... Y á propósito... ¿Sabes tú si tiene novio esta chica que tenemos?

— ¿Y á ti que te importa?

— Me importa, porque un día puede tener un desliz, y eso estando en una casa como la nuestra sería un escándalo formidable...

— ¡Qué barbaridad! Cuídate de tus cosas, y deja en paz á las criadas, que éste no es un convento, ni á nosotros nos incumbe si tiene novio ó va al baile!

— ¿Al baile? ¿Qué dices, desgraciada? ¿Sabes tú lo que es un baile?...

— Me voy por no oírte tanta majadería.

Da un portazo á la puerta y sale amoscada; el marido se sonríe *meftisotófelicamente*.

### II

Baile de máscaras en un teatro de tercer orden. Mucho ruido y algazara, mucha luz y serpentinas, una mala orquesta; abundantes mujeres de conducta dudosa; en los palcos orgías de un libertinaje cínico.

Una mascarita agarrada al brazo de D. Demetrio:

— No, si no me conoces, no me conoces...

— No te he de conocer, tú eres la Estrella de casa de la Ramona... Eres de Granada, y tienes un lunar... bueno, ya sabes donde...

— Convídamе á cenar, simpaticote.

— ¿Y después?

— Después pide por esa boca. Me estoy cayendo de debilidad.

— Y yo también... Las acelgas que me ha dado por colación mi Isidora las tengo ya en los talones.

— ¿Quién es esa Isidora?

— Una señora que se ríe de la vigilia, y prefiere la carne muerta.

— ¿Y tú?

— Yo, hija, la *viva*, muy viva, cuánto más viva mejor...

— Pues, arza pa el restaurant... ¡Tienes unos ojos de granujal...

— No, pues los tuyos son de los de abrigen.

Y el fariseo, acariciando á su conquista, se mete en un re-ervado.

FRAY GERUNDO

## Las Marías de los jesuitas

Menudo revoltorio se traen entre las damas de pró nuestros humildes, modestos y desprendidos jesuitas... Olvidando el consejo de San Ignacio de no tomar bajo su casa congregaciones y casas de mujeres, porque, según decía el santo, el jesuita al lado de la mujer si no se quema cuando menos se chamusca, han inventado entre otras martingalas, la de las «Marías» que inundan de cuando en cuando las casas de los Padres, saturando pasillos y salones de perfumes excitantes, de murmullos adormecedores, de efluvios de carnes bien nutridas, lozanas, retozonas y provocativas. ¡Qué volcanes, ó cuando menos qué chamusquinas!

Las «Marías», á lo que se nos alcanza á los profanos, constituyen «una institución cristiana para burlar el evangelio en aquellas dos leyes establecidas por el Maestro y que dicen, una: «fariseos... las metrices os precederán en el reino de Dios», y la otra: «antes pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico por la puerta de los cielos». Porque es de saber que en esta congregación de Marías, presentada por los Padres como vehículo seguro para ir al cielo á gozar de las delicias del amor de Jesús, y que puede llamarse antesala celestial y vestibulo del paraíso, ese vehículo tiene puerta tan ancha que por ella puede pasar cómodamente la dama más gordiflona, ella y sus talonarios del Banco, con sus monederos y títulos de la Deuda, y cuanto más bulto de ese género lleve, más ancha entra da halla.

Y no sólo ella entra con sus bienes y haciendas, sino que entra su automóvil ó su coche con sus caballos, mejor dos que uno, mejor cuatro que dos, mejor un landeau que berlina y mejor carroza que landeau.

Y, siga diciendo el evangelio lo que quiera, los jesuitas se la tienen jurada.

— Yo vine á evangelizar á los pobres—dijo Cristo.

— Que te aproveche—replicanle callando los jesuitas; nosotros venimos á evangelizar á los ricos.

— Pero ¿cómo puede ocurrir esto—se dice desde la Cruz el crucificado—cuando el reino de Dios requiere violencia, y los ricos no renuncian por todos los cielos su menor



# EL MOTIN



Sitio à la plaza



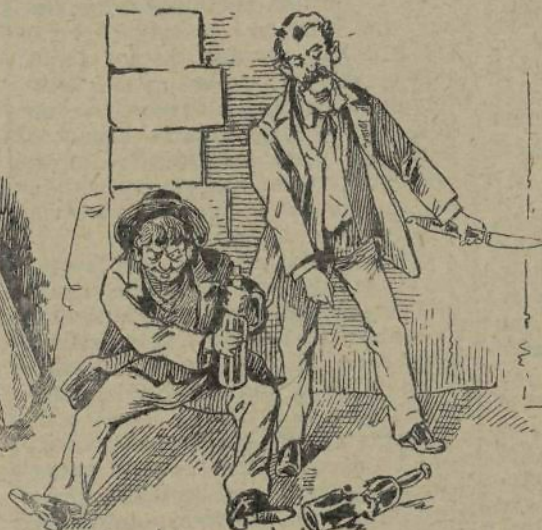
Un ataque.



Mano à la cartuchera.



Ruptura de Hostilidades



Dos héroes de la guerra.



Un inválido.

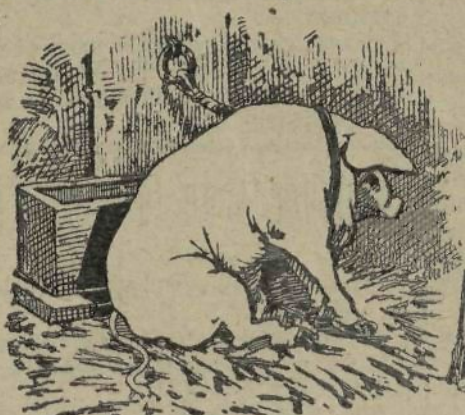


GRADOS

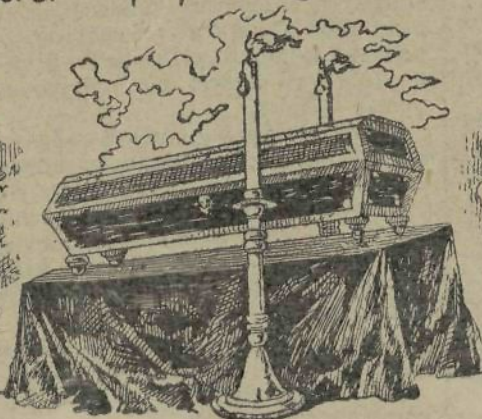
Primero de tisis. Segundo. Tercero. Ataque por retaguardia.



Armas ofensivas.



Un recluta disponible.



Entrar en caja.



La paz definitiva.

## PARODIA DE FRASES MILITARES

Ayuntamiento de Madrid



comodidad? ¿Acaso se puede subir al Calvario en automóvil en camino formado por las cruces y miserias del pueblo?

—No puede ser, ¿eh? Pues, ven á ver nuestras Marías, y te convencerás.

Y en efecto. La devoción se funda en aquel pasaje de Cristo entre Marta y María, hermanas de Lázaro. Llegó Jesús á su casa: en tanto que Marta andaba atareada preparando el cocido y la habitación, María estaba acaramelada contemplando y oyendo al Maestro. Parecióle harta cosa á Marta, reprochó á su hermana, y atajola el Maestro diciéndole:

—Ella ha elegido la mejor parte del oficio cristiano.

He aquí, pues, el origen, razón y fin de nuestras «Marías».

¿Pero, dirá el lector dónde tienen ellas su «Cristo» para agasajarle y cortejarle?

Aquí está el busilis.

Al despedirse Cristo de la tierra, dijo á sus discípulos que se iba pero no se iba: que acá quedaba viviendo en la tierra. Y atando los cabos de su doctrina, resulta que les dijo que El vivía en el pobre, en el humillado, en el afligido por la adversidad, en el oprimido, en el encarcelado, en el perseguido, en el afrentado, en el infamado y desterrado de la vida del mundo, en «sin-patria, sin-patrimonio, sin-herencia, sin-derecho, sin familia y sin fortuna».

El Dolor Humano es el Cristo viviente entre los hombres, después que el original ascendió á los cielos.

Pues al salir de la fiesta, las Marías montaron en sendos automóviles, mugieron estos sus marianos mugidos, y en tanto que la voz del jesuita repercutía en sus oídos diciéndole á cada una, «tienes la mejor parte» el Dolor-Humano, los Cristos de la calle, tenían que correr huyendo del auto, no salvándose de ver salpicado de barro y excrementos sus rostros cuando lograban salvarse del topetazo y de las ruedas.

¿Dónde está, pues, el Cristo-vivo de las Marías? ¿En donde van á buscarlo, si lo encuentran y no le conocen?

Aquí está el busilis. Muy probable es que el Jesuita, á vuelta de circunloquios, haga entender á las Marías:

—El Cristo soy yo... la María eres tú... Créeme y seremos santos, yo marianizándote, y tú sirviéndome...

Y si alguno te dijere lo contrario, dile: *Vade retro, Satanás*. Verás, Marujita, cuán bien el jesuita ha sabido redimir á los ricos de la terrible pesadilla cristiana que les arrojaba del cielo.

R. MAYOL

## El Instinto y el Alma

Sr. Nakens.

Creo que usted también estará de acuerdo sobre que debe darse á la publicidad el caso siguiente:

Unos vecinos míos la mar de religiosos y compañeros de pesca del abad que disfrutamos (ó nos disfrutaba) y lo mismo del cura, con los que tenían redes y demás en sociedad, tenían un borrico que decidieron «jubilario», porque por sus muchos años ya en nada podía servirles.

Para llevar á cabo su propósito invitaron al sacristán, cuñado del abad y también socio pescador; lleváron el borrico á la orilla del río (el Miño), y en uno de los sitios más profundos, con las piernas fuertemente atadas, «colocaron» de un empujón al viejo animal. Como el animalito nadaba buscando tierra, era agujoneado con una vara para ver si rendido, el agua, lo envolvía en su corriente impetuosa.

Cansados de luchar en esta forma, decide el sacristán dejar que el animal se acercase á la orilla, en donde lo aguardó, y con un fuerte azadón le descargó el golpe mortal al indefenso y viejo animal, que luchaba por la vida...

Tengo también otros dos vecinos, uno tendero y otro herrero; estos señores tienen para las faenas propias de sus oficios correspondientes dos potros, que casi todos los días van juntos al pasto á la orilla del río. Hace algún tiempo, el tendero compró un caballo ya viejo, y como es natural, fué compañero de pasto de los dichos potros.

Un día salían del pasto los tres amigos, y al pasar por un punto cubierto de agua enlodada, el caballo viejo, poco práctico aún en el sitio, fué á parar con sus huesos á un pozo de donde se extrae barro, quedando pegadas sus patas en el fondo é imposibilitado para moverse.

Apenas los otros compañeros vieron el peligro que corría el anciano amigo, se colocaron en la orilla del pozo con la natural precaución, y sujetándolo por la crin con los dientes, lograron sacarlo del peligro en que se hallaba.

Una vez en salvo, demostraba su agradecimiento lamiendo las bocas salvadoras.

Colocados los salvadores á los lados y el salvado en medio, llegaron á casa de sus amos, que desde lejos habían presenciado aquella conmovedora escena.

Nunca más los caballos jóvenes llevaron al viejo por aquel sitio.

Ahora, amigo D. José, dejo los comentarios para usted y para el lector; sólo deseo que en mi nombre pregunte á los sabios teólogos

de nuestra santa Iglesia, cómo definen el alma después de leer lo que antecede.

Por cierto que esto me hace recordar la siguiente poesía:

### Lógica de una niña

—Abuela, perdí la calma de que mi perro murió;

¿habrá ido al cielo?—Hija, no; los perros no tienen alma.

—¿Y esa madrastra que á mí sin cesar me reconviene la tiene?—Esa sí la tiene.

—¿El perro no y ella sí?

¡Ah! pues mi razón no llega á entender, abuela mía,

por qué el perro me quería y mi madrastra me pega.

E. V. L.

Se me olvidaba.—Si algún cura de esos que tienen ama de buen físico, y que son aficionados á estudios y prácticas naturales quiere datos, en caso de duda, se le darán.

A la petición de que comente esos dos hechos, que no necesitan comentario alguno, tan lógico son, contesto:

Que mejor que un clerical se conduzca un animal por el instinto guiado, es cosa tan natural, que ni pizca me ha extrañado: cada cual es cada cual.

Y pensándolo con calma, lo del instinto y el alma son sutiles distinciones de pretenciosos varones que deben llevar enjalma por muchísimas razones.

### Para todos los gustos

A un soldado francés le mató una bala alemana en el momento de estar profiriendo una blasfemia.

Unos metros más allá otra bala mató á un fraile que estaba rezando maitines.

—¡Castigo de Dios!—dice *El Debate* hablando del primero.

—¡Premio de Dios!—digo yo del segundo.

Y á renglón seguido me doy cuenta de haber dicho una blasfemia igual á la de los clericales, y me arrepiento de ella.

### El general de los Jesuitas

¡Papam habemus! Tenemos general nuevo.

Ha sido elegido un polaco-alemán de origen y germanófilo entusiasta de afición y voluntad.

Si esta elección de un germanófilo demuestra el predominio del germanismo en la compañía, parece ser



cosa de sentido común, que en estas circunstancias extraordinarias de ingenuidad política, la compañía, política hasta el meollo, ha debido obrar bajo la presión del ambiente.

No ha sido elegido un «neutral» ni un «aliado», ni un indefinido: sino un pronunciado germanófilo.

Esta elección, hecha después que el Papa blanco acaba de insinuarse como partidario de los aliados, constituye por sí sola un acto de erección enfrente de la Iglesia y la proclama de una actitud contraria. Es decir: un indicio de cisma. El Papa negro frente al Papa blanco.

Bien pronto veremos en qué forma el general influye en la actitud del jesuitismo en las diversas naciones.

Como nota curiosa, debe saberse que al morir el predecesor, quedaron dieciséis mil jesuitas: de los cuales 180 solamente son profesos del 4.º voto, con voto en la elección verificada. Si hay otros, han votado por medio de apoderado.

El jesuitismo actual puede considerarse en su pleno desarrollo y actividad, y por lo mismo, quedan organizados en la conocida graduación:

- 1.º Profesos de 4 votos.
- 2.º » de 3 votos.
- 3.º Coadjutores espirituales formados.
- 4.º Padres escolares.
- 5.º Hermanos escolares.
- 6.º Hermanos novicios escolares.
- 7.º Coadjutores externos.
- 8.º Auxiliares y aspirantes.

En el período álgido de la compañía llegó a tener 23.000 individuos internos.

Después de la reposición, y en menos de un siglo, ha llegado a los 16.000, de que se compone al presente.

Para compararse este progreso con el del primer siglo de la compañía en España, véase el siguiente estado oficial y secreto de la Sociedad en su tiempo:

Número de los sacerdotes y escolares de la provincia de Aragón en 8 Julio 1634, según los mencionados grados.

	De Aragón	Valencia	Cataluña	Mallorca	NEUTRALES
1.º	22	19	35	4	9
2.º	2	2	2	2	2
3.º	5	2	7	4	3
4.º	25	2	17	9	2
5.º	29	22	22	6	5
6.º	7	12	5	2	1
	88	71	86	27	20

Sacerdotes y escolares, total: 304.  
— Hermanos coadjutores, 148; total: 450.

En el registro secreto del Minis-

terio de Gracia y Justicia del año 1900, figuran distribuidos en 30 provincias, con 51 casas, teniendo en conjunto 1.241 profesos, 144 novicios, 325 legos (coadjutores temporales) ó sea, en total, 1.710. De ellos, 391 decíanse dedicados al ministerio sacerdotal; 1.093 á la enseñanza, 3 á misiones, y 223 á otros servicios.

P. O.

## Consultor de feligreses

El hombre fué creado para vivir eternamente, pero se le condenó á morir en castigo á su desobediencia. Los animales, que no pecaron, ¿por qué mueren?

—Y yo ¿qué sé? ¿Cree usted que puedo perder el tiempo en investigar tonterías? Lo primero que debiera usted probarme es que es cierto todo aquello que se supone ocurrido en el Paraíso.

Y conste que no admito si no testigos presenciales ó documento legalizado por tres notarios. Se lo advierto para que no se me venga usted con biblias ni tradiciones.

El hombre que observa buena conducta y cumple todos los deberes fijados en la ley moral y hace el bien que puede ¿necesita profesar religión alguna?

—Sí; para dejar de ser todo eso. El que cree estar bien con Dios, no se cuida del prójimo.

## UN MILAGRO

(RECUERDO DE VIAJE)

Había una vez una mujer casada que no era feliz en el matrimonio (las hay también hoy, y bastantes). La pobre mujer iba, pues, desesperándose y buscando por todos los lados el medio de hacer variar de conducta á su diablo de esposo, y sobre todo, de poner término á las palizas que, con abrumadora regularidad, la propinaba diariamente. (Quien ama bien, castiga bien, dice el refrán: ese marido debía querer muchísimo á su mujer, y ésta no tenía razón ninguna para quejarse; mas las mujeres nunca están contentas.)

Es estas ocurrencias, nuestra mujer trabó relaciones con una judía, á la que contó sus penas matrimoniales, pidiéndole un consejo. Esta (como verdadera judía que era) le aconsejó que fuera á comulgar, llevándose una servilleta, en la que dejaría caer la hostia después de recibirla; asegurando que le bastaría conservar esa hostia en su casa para que su marido cambiara por completo.

Hízolo así nuestra buena mujer,

pero he aquí que al salir de la iglesia un chorro de sangre se escapó de la servilleta; la mujer se espantó, y hasta tal punto, que habiéndola preguntado una de sus vecinas, qué era lo que llevaba que tanta sangre vertía, le respondió que era un pedazo de cerdo. (¡!!!!) Llegada á su casa, encerró cuidadosamente la hostia en un baul, del que salieron inmediatamente armoniosos cantos.

Cuando entró el marido, sorprendido al oír aquella música pidió explicaciones; la mujer, confiada en la eficacia de la hostia, se negó á darlas; el candoroso marido cogió inmediatamente el palo, y se puso en disposición de obtener por la fuerza lo que de buen grado no lograba. La mujer aguantó perfectamente el primer palo; al segundo, aunque ya con dudas, tampoco dijo nada; mas al tercero, viendo que ninguna intervención divina paralizaba la mano de su marido, cuyo entusiasmo iba, por el contrario, creciendo cada vez más, se lo contó todo.

Entonces él dió por terminada la solfa y salió corriendo á avisar al cura párroco, el cual fué en seguida y con gran acompañamiento á buscar la hostia, que se encontró dentro del baul, transformado en un magnífico cofre de oro, engarzado de perlas y diamantes.

Como era natural, se inició una suscripción con cuyo producto se hizo una iglesia, y otras cosas que no dice la leyenda, pero que supongo, titulando el edificio *l'Eglise miraculeuse*.

La leyenda no dice si el marido dejó de curtir la piel de su esposa, y me fué contada en el sitio mismo (en Saint Gaudens, Francia), por una vieja que, evidentemente, creía que así había sucedido.

A.

## LIBROS NUEVOS

### Clericalismo en solfa

YO, HABLANDO DE MI

### Trozos de mi vida

### "Milagros comentados,"

POR

José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

## CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

25 grabados.—Precio: 7 pesetas.



# Los milagros

por

ROBERTO ROBERT

Pero en fin, esas falsedades sobre milagros ya he dicho que fueron pocas ó quizá pocas.

Y quizá también fueron pocas, porque ya en el segundo siglo les pareció á algunos sabios varones que eran demasiadas, y dispusieron, por lo que pudiera ser, que las actas de los mártires las escribiesen lisa y llanamente los notarios.

Sin duda, merced á esta diligencia, fueron menos en lo sucesivo los milagros falsos.

Pero aunque sin duda fueron menos, aun en el siglo V se juntó en Roma un Concilio de 70 obispos, que prohibió una porción de historias de santos por contener hechos contrarios á la verdad, hechos que no eran muy numerosos, pero asemejaban aquellas historias santas á las patrañas mundanales.

Los milagros verdaderos se diferencian de los falsos en sus efectos; pero los hay muy bien imitados. *[Méfiez vous des contrefaçons!]*

Y ya que de milagros no verdaderos hablo, no debo pasar en silencio un relato curioso que leí en un libro compuesto por un sacerdote, cuyo sacerdote, si bien estuvo preso en la Inquisición, salió libre de ella por su virtud y porque el rey de España le estimaba mucho.

Comienzo.

En tiempo de Ludovico Pío vivía en Auvernia un caballero que tenía un hijo y un perro.

Hasta aquí la cosa no tiene nada de particular.

El caballero salió á cazar un día, porque ser caballero entonces era hacer mala letra, sublevarse contra el rey, ahorcar plebeyos, cobrar tributos, no pagar deudas y cazar.

Cumpliendo, pues, su misión en este suelo, salió el caballero á caza y dejó á su unigénito al cuidado de la nodriza y las cocineras, lo cual da á entender discreta y lacónicamente que el caballero era viudo.

Al lado de la cuna del niño (circunstancia que viene á descubrir que la viudez del caballero era reciente), se acostó el perro, que se llamaba ó, más propiamente, era llamado Ganelón.

A poco rato, una monstruosa serpiente que «torciendo el paso por el verde seno» de una yedra, se había encaramado al baleón y de allí

dilatándose hasta la cuna, habría indudablemente ahogado al niño, si el perro no se hubiera lanzado á ella.

Mordió aullando Ganelón, picó silbando la serpiente, acudieron al aullido las mujeres, y hallaron á los símbolos de la perfidia y la fidelidad exámenes.

Pausa.

El cazador caballero oyó los aullidos del perro y los gritos de las mujeres y, quizá movido por un impulso paternal (ya que á pesar de su barbarie no pudieron aquellos siglos ahogar todos los sentimientos naturales, si bien hay que confesar que hicieron cuanto estuvo de su parte), volvió grupas el caballero, llegó á su morada, vió el triste espectáculo, y agradecido al heroísmo del perro, le mandó labrar una fosa junto á una fuente, y en su lápida se grabó en letras tan perras como entonces se estilaba:

Ganelón.

Otra pausa.

Bien.

Todo el mundo fué sabiendo el suceso; todo el mundo fué celebrando el suceso; todo el mundo se fué fastidiando de oírlo repetir; todo el mundo lo fué olvidando; la fuente manaba, el perro yacía, el caballero había muerto, su hijo también y sus nietos igualmente.

No era extraño: habían pasado dos siglos.

¿Por cuánto no se le antojó á un quidam decir que el agua de aquella fuente abría el apetito?

Corrió gente en ayunas á averiguar el caso, bebió uno ó dos cuartillos, y á las dos horas sentía tal apetito, que para mí ya tiene algo de milagroso que al pie de la fuente no ocurriese algún caso de antropofagia.

Del apetito se pasó á las fiebres, de las fiebres á los dolores reumáticos, en resumen: al cabo de poco tiempo era opinión general en la comarca que aquellas aguas curaban maravillosamente muchas enfermedades, y leyendo el nombre de Ganelón en la losa, la piedad de los fieles dedujo que Ganelón había sido un varón justo, mártir de la fe católica, y que su santidad comunicaba á las vecinas aguas su prodigiosa virtud curativa.

¡Oh... pausa, pausa!

Nunca (dice un refrán) falta un roto para un descosido.

El pueblo deseaba que Ganelón

fuese su santo; quería obsequiarle con rezos, y le rezaba; quería hacerle votos y se los hacía; quería pedirle ayuda en las tribulaciones, y se la pedía; quería tributarle ofrendas...

Y ¡alto!

Entonces compareció un sacerdote y dijo:

—¿Ofrendas? Esperad: levantemos una capilla con su cerradura y su llave, que yo guardaré, y por una friolera seré vuestro capellán.

¡Aprobado!

El pueblo tenía Santo suyo. Santo propio, y disponía de él exclusivamente, y le hacía procesiones y rogativas y misas habladas y cantadas, y el capellán en un latín que parecía francés, y en un francés que no parecía ni pareció idioma alguno, le soltaba á San Ganelón cada ditirambo capaz de desconjuntar al perro mismo.

Pero... ¡qué inexcrutables son los designios de la Providencia!

Después de tan largo tiempo, ningún obispo se había cuidado de averiguar qué santo era San Ganelón ni cosa semejante.

Adviértase que esto no fué el milagro.

Al fin vino uno (no un milagro sino un obispo) que dió la vuelta por la diócesis, y vió que la capillarentaba.

¡Rentaba!

Excitose su piedad, avivose su celo, y quiso averiguar quién era aquel santo tan... pingüe.

Preguntó, indagó, averiguó, revolvio papeles... y ¡oh milagro!, en el archivo de la familia del caballero cazador se halló un relato auténtico de cómo Ganelón en vida había sido perro, de cómo había salvado al hijo de su dueño, y de cómo éste le había mandado labrar un sepulcro junto á la fuente.

¿Qué fué aquí lo milagroso?

¿Las curas de enfermedades hechas por la virtud de las aguas?

¿El convertir la opinión pública un perro en santo?

¿El haber producido rentas la capilla de Ganelón sin que el obispo reclamara su parte?

¿El hallarse un prelado que dudase de la santidad de un perro que tantos productos rendía á la capilla?

Quizás todo fué prodigio en este suceso.

La débil razón humana es incapaz de penetrar en los arcanos... etcétera etc., etc.

(Continuará.)

Imprenta, Monserrat, 7.